

# Olvidar Sandino

UN DOMINGO DE AGOSTO DE MIL NOVECIENTOS SETENTA y tres, mientras mis dos hermanos y yo hacíamos demasiado ruido retozando en casa, mi madre nos amenazó con mandarnos a estudiar a una escuela en el campo. No le hicimos ningún caso, seguimos alborotando y la amenaza se cumplió

En realidad no teníamos otra opción: había dos escuelas de nivel secundario en mi pueblo, San Juan y Martínez, una cerraba, la otra daría matrícula a casos especiales, o sea, a adolescentes que por razones de salud o algún impedimento físico tuvieran que mantenerse cerca de su familia. La escuela urbana se convertía así en un colegio para tullidos y minusválidos, los demás trabajaríamos en el campo a la vez que estudiábamos.

Lo mismo estaba ocurriendo en casi todo el país. Mis hermanos y yo y todos los jóvenes de nuestra edad, conformábamos la fresca semilla del *hombre nuevo*, pilares ideológicos de la revolución cubana en el futuro y nuevos soldados al servicio de un mundo donde no tendría cabida la explotación del hombre por el hombre.

A Sandino —dijo mi madre—, ahora sí van a saber lo que es bueno.

Mis progenitores jamás discutieron sobre algún tema familiar importante frente a nosotros, pero mi padre no pudo esconder su tristeza ante la inminente partida de casa de sus hijos. «¡A Sandino, Dios mío!

Nosotros no teníamos ni idea de a dónde nos llevaban, pero mi padre conocía demasiado bien el lugar: en Sandino había purgado la ofensa a la Revolución de presentar una solicitud de salida del país con toda su familia unos años antes, sabía para qué había sido utilizada aquella árida sabana y quiénes nos habían precedido en esta migración hacia tan desolados parajes y por qué, pero no nos lo dijo entonces. No fue hasta mucho después cuando yo pude atar hilos sueltos al tratar de entender el porqué de un lugar como Sandino.

Clemente Brañas, un amigo entrañable de aquellos tiempos y después, se mató de un tiro en el pecho a los

cuarenta años, en mil novecientos noventa y siete. En otro capítulo quiero reflexionar sobre esa tragedia y sus matices, pero la cito aquí porque fue precisamente el suicidio de mi amigo y sus connotaciones lo que me hizo integrar finalmente reflexiones profundas sobre esa época y su legado en nuestras vidas aún en el presente, cuando ese lugar ha vuelto a ser el casi desierto que antes era y las viejas escuelas en el campo se levantaban fantasmales en una llanura infértil como lo fue siempre, ya sin futuros hombres nuevos, ni de ningún tipo.

Una buena parte del territorio que hoy se llama Sandino —en honor a un héroe nicaragüense—, enclavado en la península de Guanahacabibes, en la zona más occidental de Cuba, era antes de 1959 una gran extensión de pastizales donde escasamente se criaba algún ganado; los suelos, con un alto grado de salinización, no parecían dar para más. Había allí también una base aérea norteamericana, (aún existe, pero ahora hay viejos Migs en sus hangares). El lugar, aunque no del todo inhóspito, estaba deshabitado como consecuencia de su natural infertilidad. Allí llevaron primero a los campesinos provenientes de la sierra del Escambray, en el centro de Bua, acusados de colaborar con las guerrillas contrarrevolucionarias durante la *lucha contra bandidos*. Mi padre, también castigado por no revolucionario, trabajó en la construcción del singular reclusorio llamado Ciudad Sandino, un concepto que tenía sus antecedentes en una táctica de guerra aplicada por el militar español Valeriano Weyler contra los cubanos durante las luchas de independencia: la histórica ‘reconcentración’.

Más tarde, los hijos de aquellos contrarrevolucionarios, y de otros, como mi padre, y los de contrarrevolucionarios en potencia como era cada cubano nacido en la primera mitad del siglo, fueron llevados también a Sandino. No al pueblito habitado ya por los *gusanos* del Escambray, sino a las extensas sabanas deshabitadas aledañas a éste; a unos horribles edificios construidos de la noche a la mañana y separados cuatro o cinco kilómetros entre sí. Pero sobre todo lejos, muy lejos de la familia y su nociva influencia.

En un mundo así, lo menos contaminado posible por los viejos vicios del capitalismo, se levantaron una treintena de estas escuelas para estudios secundarios y preuniversitarios. En el mismo pueblo de Sandino se construyó la Filial Pedagógica donde, concluidos los estudios de secundaria, nos formamos la mayoría de los profesores que transmitiríamos la nueva verdad, el evangelio socialista a nuestros primos menores, habitantes como nosotros de los poblados al oeste de Pinar del Río, la capital de la provincia. Todo estaba arreglado, previsto al detalle para formar al hombre nuevo, que en los años venideros estaríamos liderando la revolución mundial, en Angola, en Etiopía, o donde fuera necesario.

«Donde nace un comunista, mueren las dificultades», rezábamos en las mañanas, después de escuchar a Silvio Rodríguez y a Pablo Milanés recordarnos que: «Esta es la nueva casa, esta, la nueva escuela, casa y escuela nuevas, como cuna, de nueva raza. Estos son sus jardines, estos sus semilleros, hechos con adoquines, de vergüenza, piedra y luceros». (Me da pena recordar de Silvio y Pablo sus panfletos cantados y su fervor revolucionario, casi comunista, de entonces,

pero yo los sufrí). En ninguna de las escuelas en el campo donde estudié o trabajé, a propósito hubo nunca un jardín, al contrario, los jardines de toda Cuba, incluido los hermosos paseos arbolados de La Habana, se dejaron morir con la Revolución. El gusto por las flores era prescindible, también un viejo vicio feminoide y burgués heredado del capitalismo.

En Sandino transcurrió mi adolescencia y primera juventud, salí de allí a los veinte años. En ese período, como buen hombre nuevo, me formé en todos los viejos vicios de la humanidad y en algunos más recientes y peores, inventados o llevados hasta su más legítima expresión por el socialismo. Las imágenes de esos tiempos que aún hoy me persiguen son de rigores y carencias de todo tipo. Pero sobre todas las cosas, las ESBECS e IPUecs (Escuela Secundaria Básica en el Campo, Instituto Preuniversitario) fueron un intento consumado y sistemático de generar un nuevo tipo de ser humano, abyecto, sin individualidad ni ideales propios. Tuvieron que pasar muchos años y experiencia de vida, incluso fuera de Cuba, para que llegara a entender a plenitud las vejaciones a la dignidad humana enmascaradas con promesas de futuro a que fuimos sometidos durante aquellos años de encierro.

Una de las transformaciones que parecía necesario introducir en el hombre nuevo fue su dieta. A veces me parece increíble que el problema del hambre en Cuba, que afloró en los años noventa con el llamado período especial, haya podido ser negado, soslayado y manipulado durante tanto tiempo desde el poder. Si una huella imborrable tengo de Sandino es la del hambre, sobre todo, los años en que fui alumno de secundaria, puesto que ya después, los jóvenes profesores nos autorizábamos a robar los escasos alimentos de almacenes y neveras.

Un hambre atroz, a veces resuelta en lágrimas a mis impotentes y famélicos catorce años, un hambre a lo Oliver Twist, pero donde pedir una segunda ración, o colarte de nuevo en la fila para tratar de llenar tu estómago, no solo era una indisciplina grave, sino una actitud de *contrarrevolucionario*, la palabra más temida.

Un hambre absoluto: un vaso de leche aguada a las seis de la mañana, una magra ración de harina de maíz hervida, los tristemente célebres tronchos de macarela japonesa en conserva, sopa de agua de chícharos a las doce del día y probablemente algo de esto mismo a la hora de la comida, a las seis de la tarde. Había otras cosas a veces, arroz, por ejemplo, más leche y hasta yogurt, morcilla o cualquier alimento a base de vísceras, pan algunos días, con moho por lo viejo, jamás carne o queso, como tampoco vegetales frescos. Y siempre, aquella basura, en cantidades que darían risa si no fuera porque convocaban al llanto.

No quiero describir demasiado la alimentación de aquel hombre nuevo que se gestaba en Sandino, porque la realidad, ya sabemos, puede ser más increíble que la ficción; si vuelvo sobre el tema, que cientos de miles de adolescentes cubanos sintieron en mayor o menor medida en estómago propio en aquella época, es porque aún hoy sigo necesitando contestar al machacoso discurso del poder en Cuba durante tantos años, afincado en que «en nuestro país nadie se muere de hambre». No, nadie se murió de hambre nunca, eso es

una verdad incontestable: los cubanos en general aprendimos a irnos a la cama con hambre, a levantarnos con hambre, a pasar el día con hambre y a comer lo que nos dieran o lo que hubiera después de hacer colas interminables «para llegarle a la *jama*» o sea: a vivir sin comer casi todo el tiempo, pero sin morirnos. Estar «fuera de caldero» llegó a ser nuestra condición natural. Yo vi por primera vez un pedazo de chorizo o una rueda de queso cuando llegué a México con treinta y un años. A veces me da pena reconocerlo públicamente.

Un país embargado desde fuera por Estados Unidos, y desde dentro por la absoluta ineficacia de la economía socialista, terminó por empobrecer tanto la agricultura isleña que, para mantener alimentados como se pudiera a los pichones de la sociedad comunista del futuro, mientras accedíamos recluidos a su nuevo catecismo, la mamá Revolución tuvo que importar alimentos que nunca antes el cubano había bajado hasta su estómago, y otros que en tiempos mejores y en los países desarrollados habrían pasado a constituir parte de la dieta del ganado.

Entre las muchas escenas que guardo de la infame lucha por la supervivencia a que nos llevó esta situación, recuerdo una noche en que fui invitado por mi hermano mayor a un «pollicidio» en el preuniversitario Panchito Gómez Toro, a dos kilómetros de la escuela donde yo fungía ya como profesor entonces. Habían llevado una veintena de pollos, que generalmente se usaban para darle algún contenido proteínico a una sopa que se repartía entre seiscientas personas, pero por alguna usual carencia del día —probablemente faltaban los fideos para la sopa— los animales, que no habían sido sacrificados, sino llevados vivos, estaban allí hacía una semana, en el sótano del comedor. Hasta que un grupo de estudiantes decidió comérselos.

A las doce de la noche un «comando» bajó desde los albergues como se hacía comúnmente: rapeleando furtivos por la varilla de acero (cabilla) que hacía de tierra de la jaula pararrayos en la azotea, asfixiaron sin ruido los pollos, y los subieron amarrados a la cintura hasta el tercer piso, donde dormían. Otro grupo, encerrados en el baño colectivo, prepararon una fogata con cuadernos escolares, palos de escobas, tablillas de persianas arrancadas de los propios ventanales del albergue, y cuanta madera consumible se pudo reunir. A las dos de la mañana se había consumado el festín. Los huesos, plumas ensangrentadas y vísceras no comestibles quedaron en manos de otra parte del grupo para ser enterradas en una cañada cercana a la escuela.

Lo peor es que un acto de vandalismo de esta magnitud, una vez propagada la noticia entre los demás estudiantes, era festejado por todos, y generalmente cualquier búsqueda de los culpables se estrellaba contra un férreo silencio. Hacer justicia a nuestros estómagos era un acto de rebeldía contra un orden de cosas impuesto desde el poder. A una escala mayor, los cubanos siempre han sentido que robarle al Estado, amo y señor de nuestras vidas, solo es delito para el Estado mismo. Hasta el presente el robo, instituido por el poder para su propia supervivencia —como lo es, sin lugar a dudas, cobrarle cincuenta dólares de visa a un cubano por visitar su propio país— es contestado a diario y de todas las maneras posibles por la gente común con el mismo objetivo: sobrevivir.

Aquellos vándalos robapollos —dato curioso, uno de ellos más tarde llegó a ser jefe de la policía de la provincia, Pinar del Río— eran estudiantes de preuniversitario, entre los dieciséis y los diecinueve años, quienes como promedio llevaban ya cinco o seis viviendo bajo el régimen de las escuelas en el campo, o sea, ya eran entrenados hombres nuevos.

Quienes optamos por entrar al Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, los nuevos y jóvenes educadores de las aún más nuevas y jóvenes generaciones de cubanos, no vivíamos al margen de esta lucha casi marginal por la supervivencia. La mayoría éramos solo dos o tres años mayores que nuestros alumnos, pero nos distinguía el hecho de ser ya maestros y que se nos tratase como estudiantes universitarios. Aunque aún no hubiéramos terminado siquiera el bachillerato, éramos considerados en esos momentos como los «niños lindos de Fidel Castro», una suerte de avanzada del desarrollo ideológico. Pero en la realidad real a una buena parte de aquellos futuros hombres nuevos las circunstancias en que vivíamos nos llevaban a actuar como verdaderos maleantes; y los que no, eran cómplices silenciosos y resignados de un modo de vida oprobioso.

Dentro del régimen de encierro de las ESBECS los profesores vivían también en las escuelas. A diferencia de los estudiantes, y dada nuestra autoridad como docentes, no se nos restringía el acceso a casi ningún lugar de los edificios escolares, por el contrario, éramos los maestros quienes teníamos que velar, incluso con guardias nocturnas, por la disciplina y la organización de las escuelas. En Sandino, los asaltos a las neveras donde se guardaban los siempre escasos alimentos perecederos, llegaron a ser legendarios: cuantos más aditamentos pusieran los administradores para reforzar sus puertas, más osado y artificioso se hacía el robo. A veces las neveras solo tenían dos o tres piernas de jamón para adicionar a los inefables caldos que nos tragábamos, pero también leche, yogurt, morcilla o algo de carne. Apenas nada de eso llegaba a los estudiantes; a los hurtos de los propios administradores y directores de escuelas, que se llevaban a sus casas los mejores trofeos, se sumaban los de nosotros, los flamantes niños-lindos-profesores-estudiantes de papá Fidel, con lo cual se consumía una buena parte de la ya de por sí magra ración destinada al alumnado. Pero para nosotros y nuestra juvenil y rateril inconsecuencia, todo esto se justificaba simplemente porque teníamos hambre; alardeábamos en corrillos de aquellos hechos incluso, y los «asaltos» se transmitían de boca en boca, de escuela en escuela, como si se tratase de hechos verdaderamente heroicos.

En realidad todo quedaba en casa, rara vez, que yo recuerde, alguien fue castigado por actos de este tipo, eran parte de una forma de sobrevivir y había demasiados implicados y cómplices para estar aireándolos. Se corría el riesgo de que, en caso de conocerse, estas fechorías pasaran a manchar tu expediente político, que era lo que más temíamos, pero el hambre y las ideologías nunca se han llevado muy bien, aunque hayan convivido casi siempre. En muchos casos también, los profesores-estudiantes del Pedagógico, hermanados con sus alumnos en la adversidad, usaban los turnos de sus propias guardias nocturnas

para permitirles el acceso a las neveras, como un acto de vengativa complicidad a favor de los más jodidos.

De cualquier modo, estos pequeños robos nunca estarían tan mal vistos por el poder, como, por ejemplo, que alguien se cuestionara la razón de ser de las ESBECS mismas; preguntarse por qué el Gobierno sacaba del seno familiar prácticamente a la fuerza a decenas de miles de adolescentes y jóvenes y asumía un costo tan alto y un esfuerzo tan improductivo desde el punto de vista económico en su educación «integral».

La idea de que los suelos de toda la costa sur de Sandino tenían un alto grado de salinización y nunca producirían las cosechas de cítricos que allí plantamos era, se nos dijo, un invento de la CIA, y repetirlo públicamente solo podía servir en principio para generar un enemigo más de la Revolución. La realidad es que la aridez de aquellos suelos la conocían hasta los perros. Que nosotros no estábamos allí para contribuir a la economía nacional, sino a la causa ideológica de un mesiánico Fidel Castro, lo vine a entender ya adulto y pasados unos cuantos años, pero la primera evidencia de ello consistió simplemente en que nuestros campos de cítricos nunca se dieron; en algunos lugares crecieron más, pero en la mayoría de las áreas simplemente no pasaron de ser unos raquíuticos árboles sin frutos. El tiempo pasó, las ESBECS pasaron y aquellas inmensas cosechas de naranjas y limones exportables que se producirían con el esfuerzo del hombre nuevo cubano están tan presentes en la vida de hoy como el hombre nuevo mismo y la vieja hambre.

Una práctica generalizada en las ESBECS —y no solo en las de Sandino— fue la de «robarse» los exámenes. En realidad la mayoría de las veces no había tal cosa: los profesores y autoridades docentes participaban activamente en que los estudiantes conocieran de antemano las preguntas de los exámenes finales. Dentro de la masa homogénea del hombre nuevo podía haber brutos o retrasados, estudiantes con desajustes emocionales o con capacidades disminuidas, pero esto no importaba mucho siempre que se pudiera hacer de ellos buenos revolucionarios: la emulación escolar socialista exigía un aberrante cien por cien de promoción.

Los directores de escuelas que no cumplieran con ese *objetivo* se verían tarde o temprano en problemas. Como tal promoción de todos los estudiantes al nivel escolar siguiente era prácticamente imposible en circunstancias reales, los maestros hacían repasos de contenidos cada vez más explícitos y sugerentes en los días anteriores a los exámenes finales. Pero como siempre podía haber un despistado o alumnos a quienes simplemente les importaba un pito pasar de año, esta práctica no era suficiente. Los «educadores» más desmoralizados comenzaron a dejar en un lugar visible las preguntas de exámenes ya definitivas e incluso a veces las respuestas a éstos, y los maestros encargados de cuidar que los alumnos no se copiaran entre sí, se paraban en la puerta de las aulas a mirar para afuera mientras adentro los examinados cotejaban sus respuestas. Otros docentes optaban aún por el disimulo ante un fraude o se hacían de la vista gorda; solo una muy mínima porción de maestros cubanos durante los años setenta y principios de los ochenta (no puedo

afirmar si antes o después) a nivel secundario o preuniversitario, aún con respeto por el magisterio como carrera y la dignidad suficiente como profesionales, se negó a aceptar estas prácticas. O se opusieron a ellas como pudieron, hasta donde pudieron; pero ningún tipo de oposición a los dictados del poder fue nunca en la Cuba *revolucionaria* una postura que ayudara a ascender o siquiera mantenerse dentro de la escala de valores del socialismo, ni dentro de su sistema educativo ni en ningún segmento de la sociedad cubana. Estar acorde con los mandatos del poder, con lo que «venía de arriba» por muy desquiciado y cuestionable que fuera, era lo único sano e inteligente con la supervivencia. Esa fue una de las cosas que debía aprender el hombre nuevo, cuanto antes, mejor. Para eso, entre otras cosas, se inventó Sandino.

Como las neveras, los exámenes finales también se «robaban». No siempre los estudiantes tenían a tiempo las preguntas y sus respuestas, no siempre el fraude estaba tan bien organizado. Ya acostumbrados a no tener que esforzarse mucho para pasar de año, el alumnado ponía un poco de su parte. En cuanto se sabía —y casi siempre se sabía— que en alguna escuela las preguntas del examen final de Física, por ejemplo, estaban en manos del alumnado, las demás enviaban a alguien por una copia del cuestionario. Como estaba prohibido que los alumnos de las ESBECS salieran de la escuela antes del fin de semana, entre todos hacían una colecta para pagar un furtivo taxi desde Sandino hasta otro enclave de escuelas en Pinar del Río (cerca de 80 kms), o iban a caballo de una escuela a otra, o como pudieran, cualquier aventura de este tipo era más divertida e implicaba menos esfuerzo que tener que estudiar para un examen, y a nadie le importaba mucho que todas las respuestas fueran exactamente iguales y perfectas. De cualquier modo, así sería en la sociedad comunista, todo perfecto.

«Dar beta», o lo que es lo mismo, ligarse a una alumna, llevarla a los privados de profesores y desnudarla mientras otros observaban escondidos, fue una práctica común entre maestros y alumnos mayores en Sandino, como muchas otras conductas voyeuristas, dado el fresco material humano de que disponíamos para ello.

Lo fueron también las broncas constantes, el uso de la violencia y la «guapería» carcelaria, sobre todo entre los maestros; la más absoluta promiscuidad entre profesores y estudiantes, así como emborracharse cada vez que hubiera la ocasión para ello, dentro de las mismas instalaciones docentes y a una edad muy temprana. Todos estos vicios tal vez fueran «heredados del capitalismo», pero lo cierto es que nunca hallaron un caldo de cultivo ideal para desarrollarse como las ESBECS. No obstante, y a pesar de todo esto, en ellas se iba formando poco a poco el hombre nuevo.

Ideológicamente sobre todo. Las posibles fallas en la instrucción y el conocimiento podían erradicarse en el camino —y efectivamente, la instrucción en las universidades, sin perder su condición doctrinaria, era mucho más rigurosa—, pues lo que había que arraigar de manera definitiva en el hombre nuevo era la *moral socialista*. Para eso y no para otra cosa habían concentrado

en Sandino a miles de adolescentes y jóvenes, para cortar de raíz cualquier resabio de la vieja mentalidad burguesa de sus padres y hacer de nosotros hombres del futuro.

Cuanto de lo que soy en el presente se remite a experiencias vividas en Sandino, en esa etapa crucial que es el paso de la niñez a la juventud, lo he ido vislumbrando con los años, pero desde muy temprano algo dentro de mí había censurado todo aquello. Desde que dejé atrás Sandino en 1980 y durante los diez años que trabajé en el Instituto Superior Pedagógico de Pinar del Río; tuve una pesadilla recurrente: por alguna razón de índole ideológica —y siempre las hubo— me castigaban, me retiraban mi cátedra como profesor universitario, y me mandaban de nuevo a trabajar a una ESBE en Sandino. Ese sueño obsesivo no me abandonó nunca hasta que dio paso a otro similar, cuando ya vivía en México: de vuelta a Cuba, las autoridades isleñas se negaban a dejarme salir. Esta última parece ser también una experiencia colectiva de quienes vivimos hoy fuera de la isla: muchos sueñan que visitan Cuba y una vez allí no pueden salir. Y se despiertan otra vez cercados por el miedo y el desasosiego.

Porque el miedo fue uno de los componentes más importantes de la educación del hombre nuevo cubano. En ese sentido no creo que hubiera una labor mejor estructurada dentro de la educación socialista en general, pero sobre todo para aquellos que nacimos con la Revolución, en quienes el veneno del miedo se empezó a instilar directo en vena desde una edad adecuada. Los procedimientos para enseñar a temer y a actuar en consecuencia son simples y, a diferencia de los métodos del terror, una terapia terminal aplicada por dictaduras más brutales y con menos planeación, el miedo ha tenido para los cubanos al parecer un efecto mucho más prolongado y eficiente para el mantenimiento de un orden... dictatorial.

Como en una inmensa cárcel, millones de jóvenes cubanos eran levantados cada día de sus camas a las seis de la mañana con consignas y canciones revolucionarias, o noticieros sobre las diferentes formas en que también a cada hora derrotábamos al imperialismo yanqui, o cifras de las inmensas cosechas agrícolas obtenidas por la economía socialista (que inexplicablemente nunca transitaban hasta nuestros rabiosos estómagos). Desayunábamos tragando ávidos lo que se nos diera, a veces nada, se nos reunía en rituales matutinos y se nos arengaba sobre el socialismo y el luminoso futuro comunista. De ahí a las aulas o al campo de manera alterna en turnos matutinos y vespertinos de acuerdo con el año escolar. Estábamos cuatro horas diarias doblados sobre surcos que plantitas que podían sacar todavía menos nutrientes de aquel suelo estéril de lo que recibíamos nosotros mismos, bajo el implacable sol isleño, o la lluvia, «llueve, truene o relampaguee», a lo que sumábamos cinco horas en las aulas, donde se nos hacía un relato pormenorizado de cómo el mundo era un caos, un verdadero infierno de explotación del hombre por el hombre hasta el día grandioso para toda la humanidad en que nació el comunismo soviético, el cual a su vez prohió el más iluminador de todos los hechos que han ocurrido en la Tierra en su historia: a Fidel Castro y la revolución cubana.



Todavía volvíamos a las aulas entre las seis de la tarde y las ocho de la noche para hacer nuestras tareas, y después de estas sesiones teníamos cerca de una hora y media disponible para nosotros. A las diez de la noche se apagaban las luces de los albergues hasta que, todavía antes de que amaneciera, nos despertaba a todo volumen la vocecilla de Silvio Rodríguez o un programa radial sobre las inmensas capturas logradas por una cooperativa pesquera.

Faltar al trabajo o a clases, cualquier travesura o incumplimiento de tareas podía ser penalizado con «quitarte el pase», o sea, no regresar con tu familia el fin de semana; pero cuestionarte de cualquier forma el régimen de vida que se nos había impuesto era la peor de las faltas, expresar una idea que no estuviera alineada cien por cien con los magnánimos ideales de la Revolución era un síntoma de DESVIACIÓN IDEOLÓGICA y tendría implicaciones para siempre en tu vida de adulto, en tu carrera. La bestia negra de la «mancha en el expediente» nos perseguiría a donde fuéramos.

Mi tendencia a cuestionarme todo, sumado al hecho de ser hijo de padres católicos, y la intención de salir del país de mi familia cuando aún yo no era más que un niño, hicieron de mí siempre un sujeto de dudosas convicciones revolucionarias. Arrastré ese sino aun cuando mis cualidades de «revolucionario», mi vocación por el conocimiento y quizá algún talento para las letras, me ayudaron a obtener una cátedra universitaria en el Instituto Superior Pedagógico de Pinar del Río. Desgraciadamente elegí la lengua inglesa como carrera y me hice profesor e investigador de literatura norteamericana, o sea, un estudioso y promotor de la obra del imperialismo, razón de más para seguir siendo sospechoso. Pero de cualquier modo nadie, ningún cubano, ni los más abyectos al régimen dejaron nunca de ser sospechosos; hasta aquellos que «lo dieron todo por la Revolución» estuvieron y están hoy bajo la mira. Ninguna expresión presente o pasada para describir la paranoia inducida en los cubanos ha sido nunca más certera que la multicitada: «Be careful, Big Brother is watching for you», de Orwell en 1984.

En Sandino aprendí como todos a vivir con hambre y con miedo a toda hora. A temer que finalmente fuera descubierto mi inconsciente «contrarrevolucionario», a que el Poder decidiera que aún no estaba lo suficientemente bien formado como hombre nuevo porque pensaba que las cosas no estaban bien como estaban. Y solo los cubanos sabemos realmente cómo estaban.

Dos años atrás le conté a un amigo mi proyecto de retomar los hilos de la Cuba en la que él y yo nacimos, hijos de la Revolución, empezando por las ESBECS. Me dijo: «Si vas a hablar de Sandino, sé justo. Allí nos formamos, allí nos hicimos lo que somos ahora». Raúl H. González Jonte-Cruz es profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y de la Universidad de Coimbra, en esos momentos yo era director editorial de *National Geographic* para América Latina. Me vino a la mente una rápida lista de intelectuales cubanos, académicos, artistas de renombre, profesionales de primer nivel de todo tipo desperdigados por el mundo. La gran mayoría vivió experiencias de algún modo cercanas a las de Sandino, en sitios, planes económicos, o proyectos de igual naturaleza mesiánica, que a su vez generaron la misma miseria moral y económica, los mismos

traumas que conforman una parte intrínseca del cubano de hoy. Lo peor es que muchos de esos planes aún conforman una buena parte del presente en Cuba, y así seguirá siendo mientras nuestro Big Brother esté vivo y en posesión (más o menos) de sus facultades mentales. Sandino, por supuesto, nos dejó cosas muy buenas: nos enseñó a sobrevivir en las condiciones de la más absoluta adversidad, a luchar por nuestros objetivos en silencio e individualmente mientras asumíamos que formábamos parte activa de unas quiméricas aspiraciones colectivas. Aprendimos a esperar con paciencia, a soportar rigores con disciplina, a trabajar con las herramientas que nos pusieran en las manos, a ser solidarios como solo pueden serlo quienes tienen que enfrentar juntos las calamidades del diario vivir. Ese espíritu y esa fortaleza lo llevamos después a otras lides, a otros entornos, a otros países. Somos, finalmente, el hombre nuevo, si ya un poco desgastado.

En Miami, en Madrid, en México DF, en New York, en Hawai, en Berna, en Novosibirsk o en La Habana, en muchas, en demasiadas ciudades del mundo, tengo amigos o simples conocidos que pasaron aquellos años injuriosos en las estériles sabanas de Sandino. Quizá no son lo que hubiera querido el Comandante, pero sí, todos aprendieron a trabajar duro, a luchar a brazo partido por recuperar de algún modo la idea de la familia que casi pierden entonces y después, a acceder con dignidad a todo lo que les fue negado, a vivir en la certeza del presente y la posibilidad de buscar en él la felicidad individual y la de los suyos. A hablar, pensar y actuar de una manera y decir lo que pensamos sin temer a nuestros propios pensamientos por espurios, o porque simplemente difieren de los de alguien, sobre todo los del Poder.

Sin embargo, después de casi cuatro décadas los fantasmas de Sandino y sus alrededores nos persiguen a donde vayamos. Basta para convocarlos con abrir el periódico o ver por casualidad algo sobre Cuba en la televisión, iniciar un trámite en la embajada cubana donde vivamos, hablar por teléfono con un amigo o simplemente despertarnos un tranquilo domingo de agosto con los niños retozando en la casa, aunque lejos de Cuba, y descubrir —como en el célebre minicuento de Augusto Monterroso— que el dinosaurio aún sigue ahí.